

Un libro iluminado por luciérnagas¹

Dr. Ricardo Hodelín-Tablada

Cuando Braulio Causse, cimarrón de nacimiento, que va y todavía anda escondido por ahí, supo que iba a ser abuelo, saltó de alegría en el palenque y bajo el flamboyán más bello del monte reunió a toda su familia. Tocó entonces el vientre bendecido y evocando a sus ancestros africanos dijo: Será varón y le pondré un nombre poético Jesús Cos Causse, él será el elegido, el encargado de contar nuestros gritos y lamentos. Sonaron entonces los tambores y bailaron todos juntos hasta que las luciérnagas, cansadas de iluminar la noche, se fueron a dormir. Cumpliendo la profecía de su abuelo haitiano, trovador y cortador de caña, Cos Causse publicó en 1981, en la colección espiral de la Editorial Letras Cubanas, su libro “Las islas y las luciérnagas”.

Yo llegué a este texto en mi adolescencia cuando buscaba con ansias un buen poema para declamar en un acto patriótico. Me encontré entonces con este libro autobiográfico escrito por alguien que nació con las manos vacías y tan lejos de la fuente, que nunca tuvo rostro en la infancia y siempre tuvo sed, y sus juguetes naufragaron y tampoco tuvo una lámpara o un relámpago a tiempo para mirar cómo se hundían hacia el fondo las lágrimas de su madre. Así decía el poema “Escribo Fidel”, que además cantaba porque ya sé mi nombre, esta ventana es mía y mi madre desde el jardín espanta con las flores el fantasma de la miseria, y mi padre el obrero tiene una fábrica y una herramienta que canta y anuncia en su canto el porvenir.

El libro se convirtió para siempre en mi más leal compañero, donde encontré en cada momento la palabra exacta, el verso necesario para enamorar, la oración para la tribuna o el canto para compartir con los amigos. Precedido por un sugerente verso de José Martí “Las islas dolorosas del mar”, el texto estructuralmente se divide en tres partes. La primera parte “Las últimas hojas del otoño”, agrupa nueve poemas que retratan la infancia del poeta. Un niño que juega con su flota de papel, barcos con cañones y velas de claveles. Un marinero a bordo que busca en las penínsulas y en los archipiélagos un

¹ Trabajo galardonado en el “IV Concurso Caridad Pineda in memoriam”, con el Premio de la Casa del Caribe y el Premio de la Fundación Caguayo-Encuentro de Poetas del Caribe y el Mundo.

tesoro y una sirena. Un escolar que ya declara peligrosamente que su puerto es el tiempo y su rumbo el amor.

De ese amor en toda su dimensión escribe Cos Causse, porque para él la infancia es un fantasma que huye si abres esa puerta y saldrá volando del sótano una tojosa o una lechuza. Verás pasar un mambí a caballo, al galope, machete en mano, que cae mortalmente herido con la dignidad de un General. Y amor son también las rosas silvestres que su madre, escondida del mundo, cortaba en el jardín cada mañana en silencio como una mariposa, como una muchacha enamorada. El amor es la muñeca de Zenaida y el caballito de palo, y ese rincón del cuarto donde intercambiaban caramelos, canciones y secretos de la infancia, y el patio donde su madre lavaba las ropas de los vecinos y lloraba a veces de tristeza y con razón.

Como se evidencia el tema maternal es una constante, así como la familia toda. La abuela con sus leyendas y su mirada misteriosa como si buscara en las aguas del mar la estela de espuma de un barco que nunca llegará a estas costas. El abuelo, una imagen en la sala donde se pasó la noche tan serio entre cuatro velas y el rostro de antillano errante. Otras escenas recuerdan el sombrero y el bastón del abuelo, el cofre familiar, el frasco de perfume, el paraguas por si llueve en mayo y el espejo para que no se olvide la abuela del maquillaje, de la flor que llevaba en el pelo y de contemplarse la sonrisa. Y digo escenas porque Cos tenía la rara habilidad de otorgar a sus observaciones una profundidad vivencial y armaba las palabras de modo tal que, sin perder el aliento poético, el lector es capaz de percibir ante sí escenas de la vida cotidiana.

La segunda parte titulada igual que el libro, mantiene el tono de la poesía conversacional. Por sus versos cruza cabalgando Toussaint Louverture, entre sus aguas navega la tripulación errante de Marcus Garvey. Con sus pasos se acerca Jacques Roumain y aparecen caracoles muertos en Guadalupe y Martinica. A mi juicio, el poema más logrado de esta parte es “Braulio Causse”, otra vez lo desvela su abuelo, quien contaba que vino solo desde Haití, polizone sin ruta y sin viento. Contaba que tuvo varios naufragios peligrosos y que en cada isla decía una mentira. En Santa Lucía era un príncipe que se escapó del palacio por temor a la espada de su padre. En San Vicente buscaba sus palomas perdidas que a veces se iban volando detrás de la espuma.

Y seguía el abuelo con sus mentiras que el poeta nos trasmite con una voz intensa a nivel idiomático y escrupulosa en su estilo poético. Así en Granada era oficial y primer emisario de Toussaint Louverture y Napoleón lo venía persiguiendo con una flota y de capturarlo lo esperaba en Francia la guillotina. En Curazao iba a colocarle al arcoiris el color que le faltaba. En Donaire salió desde África a descubrir por qué razón las estrellas caían siempre en el Caribe. En Aruba necesitaba partir, estaba de prisa porque esa tarde, antes del crepúsculo, tenía cita con una sirena. En Gran Caimán no dijo nada y hacía señas como un mudo. A los güijes que sueñan con las sirenas y viven enamorados de las luciérnagas, también le canta y asegura que los güijes llegaron desde África y solo despertaban cuando escuchaban los tambores.

Otro mérito de este volumen radica en las pinceladas historiográficas que nos regala el autor. Ya hemos mencionado algunas; también destaca lazos históricos entre Marcus Garvey que se acerca a Cuba y pregunta por los mambises de Antonio Maceo, besa la frente de Mariana Grajales, contempla los cañaverales de Jesús Menéndez y conversa con los obreros de Lázaro Peña. En otro poema que titula “Leyenda de amor para Elma Shelley” le pregunta a la jamaicana ¿No viste a Martí en el combate junto a los esclavos de Morant Bay? ¿No viste a Maceo atravesar tu isla de punta a punta con Marcus Garvey al lado y una inmensa caballería mambisa de cubanos y de jamaicanos?

En la tercera parte del libro “La tierra canta y tiene un rostro” aparece una poesía más intimista, acompañada de la trova y siempre el amor, esta vez el amor a la mujer amada. Merece destacarse aquí el poema “Que falta me hace una guitarra”. El poeta recuerda a Sindo y pulsa su lira bien afinada porque uno no sabe nunca en qué amor acabarse, en qué salto cruzar las cenizas, porque ni el jardín detiene el paso de la muerte y juntos desaparecen el recuerdo y el amor. Afirma que estamos inaugurando el amor del futuro, llenando de júbilo esta isla que en cualquier momento salta del mar y se convierte en un caracol. Recuerda también a Corona, el trovador que murió con la nota en alto y el corazón inquieto antes de comenzar la serenata. Y como un susurro le dice a una muchacha: ya le dije a todo el mundo que fuiste la única mulata de Carlos Enríquez que no pudieron raptar, que te escapaste de algún cuadro de Víctor Manuel, que en tu presencia fusilaron a Plácido, que eres como aquel verso de Martí, sinsonte asustado, mujer antillana, Longina del Caribe.

Florece en esta parte el poema con el cual tengo el mayor compromiso afectivo. Titledo “Como una serenata”, es un texto que estudié con la pasión de un escolar enamorado. Me lo aprendí, ya no puedo recordar cuantas veces lo leí, lo utilicé, lo declamé, porque así es el amor, como una serenata a pesar del tiempo. El amor tiene la eternidad de las piedras que sostienen las estatuas de los héroes y ejerce diferentes oficios familiares: el perfume en la flor, el esplendor en la penumbra, la palabra en el libro, el rostro en el espejo, el color en el coral, el cristal en la ventana. Me resultaron tan certeros estos versos que hoy este poema es nuestro testimonio a este sitio de la ciudad, a esta calle donde nos conocimos inocentes, y aunque han pasado los años ya somos dueños de la esperanza y agosto tiene otros argumentos para los enamorados desde aquella noche que dejó en el fondo de tus ojos brillando para el porvenir, las estrellas de Santiago.

De exquisita factura es también el poema dedicado a esa muchacha que siempre lleva un jazmín escondido, por eso cuando pasa reparte para la vida ese perfume tan familiar como la nostalgia. Aquí se desborda el poeta y exhibe un lenguaje sugerente y comunicativo cuando apunta que por suerte todos los poetas románticos están muertos pero si otro se atreve a escribir el nombre de esa mujer tiene que hablar también de su tristeza. Ella es la muchacha que puso la flor en la tarjeta del libro de Retamar, y ella, a pesar de Suardíaz, volverá en otoño al mar Caspio y como homenaje a Sindo, arde en sus ojos la luz y si los abre amanece.

Dueño innegable de una potencia expresiva con un matiz propio, Cos nos regala un discurso que va de lo cotidiano a lo trascendental. A lo que se añade el uso del verso largo donde se transparenta un grado de elaboración estética que sin ser perfeccionista es comprensible para el amplio público. Todavía recuerdo aquella tarde cuando leí ante mi padre “La tierra canta y tiene un rostro”, el último de los poemas incluidos en el volumen. No supe nunca qué recuerdo toqué en el fondo de su alma pero vi en sus ojos el color de la nostalgia, ese que aparece cuando se escucha una guitarra, o cuando llueve y se acerca la tarde.

Los veintisiete poemas que integran este volumen lírico están colocados magistralmente, cada uno en su justo sitio, de manera que el lector avanza entre ellos

como si se sostuviera un ameno diálogo con el poeta. Más de tres décadas después de su publicación, todavía leo este poemario y me estremezco cuando encuentro ese misterio, ese hechizo que solo la buena poesía es capaz de ofrecernos. Es que, sin dudas, estamos ante un libro único, yo diría excepcional, que ha tenido la virtud de llenar de esplendor la poesía insular, continental y de la lengua española. Les aseguro que es un libro de matices encendidos a lo Portocarrero, a lo Mariano, nada de naturaleza muerta, es un libro que invita a descubrir dónde comienza el arcoiris.

Hay todavía algo más para animar al lector a la búsqueda de estos versos impregnados por la magia de la creación y es que, aunque no puedo asegurar que haya sido intención del autor, son poemas que tienen un ritmo propio, poemas cantables donde se sienten los tambores de los esclavos, el ladrido del perro de Pastor, el sonido de las aguas del Caribe, del látigo y el yugo, y del llanto lastimoso de Jean el haitiano. Finalmente les invito a disfrutar con placer y provecho de este poemario tocado por la lucidez, continuidad de la mejor tradición de la poesía cubana de ayer y de hoy. Un libro iluminado por luciérnagas, dibujadas con las manos seguras de Cos Causse, una de las más altas voces poéticas cubanas de todos los tiempos.